

contradicción al menos aparente con la acción del Espíritu en la santificación del mundo, hayan de ser retocadas o suprimidas en aras de un sano ecumenismo y una recta formación del pueblo cristiano.

IV.—CONCLUSION

He llegado ya al final del camino. No era mi cometido resolver problemas, sino recordar puntos fundamentales en la teología de la redención y colaboración humana con referencia a María, que nos ayudaran a desarrollar el tema propuesto: «María, madre de la reconciliación».

Soy consciente de que no he dejado despejado el camino, sino que hasta me he atrevido a poner en él, no trampas engañosas, sino obstáculos, que surgían al hilo del discurso, si se tiene el oído atento a las críticas, más o menos fundadas, de ciertos sectores cristianos. Creo que también se me confiaba esa labor.

La solución de los problemas pendientes aparecerá, sin duda, en las ponencias y discusiones de la semana. Hubiera sido una intromisión, injustificada por mi parte, adentrarme en ese campo, que otros, no lo dudo, lo roturarán con acierto.

La colaboración de María a la salvación en la Biblia

Por Gonzalo Aranda Pérez

Todo lo que podemos leer en la Sagrada Escritura sobre la figura de María está relacionado con la obra de la salvación¹. Nuestro propósito en estas páginas es presentar aquellos pasajes bíblicos en los que se refleja más directamente la colaboración activa de María en los proyectos divinos de salvación, teniendo en cuenta, al mismo tiempo, el aspecto de reconciliación esencialmente implicado en la obra salvífica.

I.—RECONCILIACION Y ALIANZA

El concepto de *reconciliación* presenta la obra salvífica como la restauración de unas relaciones de amistad entre Dios y el hombre, que habían quedado rotas porque éste no había sido fiel a la voluntad divina expresada y aceptada en la Alianza. La Alianza es, en términos bíblicos, la instauración de una nueva relación con Yahweh. Cuando el hombre quebranta la Alianza, Dios sin embargo es fiel, y, en atención a su fidelidad y misericordia, promete primero y realiza después una Alianza Nueva. En ella no sólo se restaura la relación anterior, sino que se crea una relación nueva, con una mayor intimidad y nuevos vínculos de comunión. Así, la reconciliación, en cuanto restablecimiento de la relación entre Dios y el hombre implica siempre una novedad sobre la situación anterior.

Ya en las primeras páginas de Antiguo Testamento aparece la relación entre Dios y el hombre a manera de una Alianza (Cf. Gen 2, 16), que queda rota en los mismos orígenes debido al pecado de Adán y Eva. Esta primera alianza y su ruptura tienen consecuencias especiales pues en ellas queda implicado todo el género humano. En orden a la restauración de aquella relación originaria, el proyecto salvador de Dios, que conocemos por el Antiguo y el Nuevo Testamento, pasa por la realización de la Alianza con el Antiguo Israel mediante Abraham y Moisés, para culminar en la Nueva y defini-

1. Toda la mariología como ciencia teológica se apoya en la cooperación de María a la obra de la Salvación, como bien pone de relieve, por ej. el libro de C. Pozo, *María en la obra de la salvación* (Madrid 1974) (Cf. especialmente pp. 1-15). El Concilio Vaticano II en la Const. *Lumen Gentium*, nn. 55-59 da asimismo un compendio de doctrina mariológica bajo el título *De munere B. Virginis in oeconomia salutis*.

tiva Alianza mediante Cristo en la que se ofrece la reconciliación a todo el género humano.

Tras la Alianza por medio de Moisés, el pueblo elegido quebranta con frecuencia las estipulaciones establecidas. Es un pueblo de dura cerviz. Por eso son necesarios ritos de reconciliación. El Antiguo Testamento nos presenta, entre otras formas de reconciliación con Dios, los sacrificios *kipper* y los sacrificios de expiación². También aparece una reconciliación realizada por mediadores, especialmente por el Siervo de Yahweh³, que cada vez reviste tintes más universalistas. En este sentido, ya al comienzo del Antiguo Testamento aparece la promesa de una reconciliación universal, simbolizada en la victoria sobre la serpiente inductora del pecado.

Es, sin embargo, en el Nuevo Testamento, donde San Pablo nos presenta explícitamente la obra salvadora de Cristo bajo el aspecto de *reconciliación* de Dios con los hombres (Cf. Rom 5, 10; 2 Cor 5, 18), de los hombres entre sí (Cf. Ef 2, 16) y de todo el universo con Dios (Cf. Col 1, 20). Cristo ha sido el instrumento agente de la reconciliación universal y definitiva debida a la misericordia y bondad de Dios.

II.—MARIA Y LA RECONCILIACION EN CRISTO

En los textos paulinos en los que aparece el término «reconciliación», *katallagé*, no se hace ciertamente mención explícita de María, madre de Cristo por quien hemos sido reconciliados. Sin embargo no podría entenderse la obra de la reconciliación sin tener en cuenta el hecho de la unión hipostática y de la vida terrena de Cristo que culmina en la Cruz y la Resurrección. Ello implica que sería incompleta una presentación de la Reconciliación llevada a cabo por Cristo, prescindiendo de la figura de María. Es lo que ya advertía la Comisión Teológica Internacional al decir que «en el conjunto de la Redención no se puede omitir la cooperación especial de la Virgen María el sacrificio de Cristo»⁴.

La Sagrada Escritura nos ofrece abundantes datos para precisar cómo ha sido esa colaboración de María a la obra de la Reconciliación. En una especie de resumen anticipado podríamos decir ya que:

- la cooperación de María, madre de Cristo, a la obra de la Reconciliación entraba en los proyectos divinos, tal como estos se fueron manifestando, ya en parte, a lo largo del Antiguo Testamento.

² Cf. Lev 5, 1-26; 7, 17-7, 6; 16, 1-34; etc.

³ Cf. Gen 18, 19-22; 20, 17; Ex 9, 27-29; Am 7, 1-6.8; y sobre todo Is 52, 13-53, 12.

⁴ Commission Theologique Internationale, 'Quelques questions touchant la Christologie', IV.D.10, en *Esprit et Vie* 90 (1980) 609-20. Cf. G. Aranda, 'Implicaciones mariológicas en el documento de la Comisión Teológica Internacional sobre algunas cuestiones cristológicas', en *Estudios Marianos* 47 (1982) 63-78.

- La colaboración de María ha consistido en su consentimiento a la Encarnación, en la aportación de sus funciones maternas, y en su aceptación de la muerte redentora de su Hijo.
- La cooperación de María representa la perfección suprema de la fe, y en ella se realiza perfectamente la Reconciliación.

III.—OBSERVACIONES METODOLOGICAS

Es, evidentemente, en el Nuevo Testamento donde encontramos los datos fundamentales de la Revelación sobre la figura de María. Pero también es verdad que el Nuevo Testamento es la culminación del Antiguo y que los libros del Antiguo, mientras que «adquieren y muestran su significado completo en el Nuevo Testamento (Cf. Mt 5, 17; Lc 24, 27; Rom 16, 25 s.; 2 Cor 3, 14-16), a la vez lo ilustran y explican»⁵. De ahí que los pasajes del Nuevo Testamento que hablan de María y de la Reconciliación hayan de explicarse también atendiendo a la economía de la salvación presentada ya en los libros del Antiguo Testamento.

La unidad de ambos Testamentos nos manifiesta que la cooperación de María a la obra de la Reconciliación pertenece al proyecto divino salvador, decretado desde la eternidad y realizado progresivamente en la historia tal como lo manifiestan los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento. Así los pasajes del Antiguo Testamento en los que aparece la figura de la mujer, madre del Mesías futuro, están abiertos a recibir y llenarse de un sentido pleno con los acontecimientos descritos en el Nuevo Testamento, es decir, están orientados a María, madre de Cristo. Ciertamente sólo a la luz del Nuevo Testamento podemos descubrir ese sentido pleno de los textos del Antiguo, y su apertura al Nuevo; pero cierto también que tal orientación se encuentra ya en el mismo Antiguo Testamento y en las realidades que presenta.

En nuestra exposición comenzaremos por analizar algunos pasajes del Antiguo Testamento en los que aparece la figura de la mujer, madre del Redentor futuro. Después nos detendremos en los textos del Nuevo Testamento en los que aparece la colaboración de María a la obra de Cristo. Podremos así advertir la coherencia y grandeza de los planes salvíficos de Dios, realizados por Cristo en la plenitud de los tiempos con la cooperación singular de la Santísima Virgen.

⁵ *Dei Verbum*, n. 16.

IV.—LA SIGNIFICACION DE LA MUJER EN GEN 3 EN ORDEN A LA RECONCILIACION

En el capítulo 5 de la carta a los Romanos, San Pablo presenta la salvación realizada por Cristo como una obra de Reconciliación: «Habiendo recibido por la fe nuestra justificación, estamos en paz con Dios, por nuestro Señor Jesucristo (...). Si cuando éramos enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, con cuanta más razón, estando ya reconciliados seremos salvos por su vida» (Rom 5, 10-11). Y a continuación explica el Apóstol el origen de la separación del hombre respecto a Dios: tal separación procede de Adán «por quien entró el pecado en el mundo» (Rom 5, 12). Adán y Cristo son figuras contrapuestas, siendo ambos cabeza del linaje humano: aquél para la enemistad con Dios y la muerte, éste para la reconciliación y la vida. Es así como la Revelación neotestamentaria nos remite a los orígenes para hacernos comprender la situación histórica del hombre, y, en contrapartida, la obra de Cristo.

1. PERSPECTIVA TEOLOGICA DE GEN 3

Los relatos sobre los orígenes (Gen 1-4) vienen a mostrar, desde un punto de vista religioso, la dignidad humana al mismo tiempo que su limitación. Nos enseñan que el origen del mal está en la desobediencia a Dios que ha tenido como efectos la separación del mismo Dios, el dolor, la muerte, la tensión entre el hombre y la naturaleza, y la división y odio entre los hombres (Caín y Abel). La «obediencia» al Tentador ha traído como consecuencia la ruptura de la armonía que existía anteriormente o que debía existir por la misma naturaleza de las cosas.

Pero ya en la misma enseñanza sobre los orígenes se abre para toda la humanidad un camino de esperanza: la victoria sobre la serpiente que llevará a cabo el linaje de la mujer⁶. Tal vez va a ser el punto culminante del castigo de la serpiente en la que está simbolizado el enemigo de Dios, por quien se ha introducido la discordia. La narración, aunque recoge ciertamente elementos de carácter etiológico, ofrece un claro contenido teológico: Dios no deja al género humano totalmente a merced del Tentador, aunque éste haya arrasado al hombre, sino que establece, hace surgir ya, enemistad entre el diablo y la mujer, y entre el linaje de ambos. Una enemistad que culminará con la victoria del linaje de la mujer.

⁶ Como han puesto de relieve numerosos comentadores del pasaje, aunque se emplea el mismo verbo *suf* para describir la acción de la descendencia de la mujer contra la serpiente y la de ésta contra aquella, el sentido derivado del mismo contexto es distinto en uno y otro caso: el linaje de la mujer aplastará la cabeza de la serpiente, mientras ésta intentará inútilmente herirle lanzándose contra su talón. Para el estado de la cuestión Cf. C. Pozo, op. cit., 155-57.

2. PROTAGONISMO DE LA MUJER

La enemistad establecida entre el Tentador y la mujer lleva consigo ya el retorno a Dios; si bien no en la misma intimidad que antes —esto sólo sucederá en la victoria final— sí al menos en cuanto que ya existe una tensión hacia ese retorno pleno, hacia la reconciliación total. Dios no destruye al hombre que ha creado; sino que lo mantiene sobre la tierra mediante la maternidad de la mujer. Enemistad frente al demonio y maternidad se unen en la figura de la mujer como condiciones de posibilidad de la supervivencia del hombre y del camino hacia la reconciliación total con Dios.

Se advierte fácilmente el protagonismo de la mujer en todo el relato de la tentación y la caída, así como en la continuación de la vida humana tras estos acontecimientos. La mujer ha sido, quizá por su debilidad, el instrumento primero por el que ha entrado la desobediencia y el pecado. Adán ha llegado a ser partícipe y ejecutor principal de tal desobediencia. La mujer es también la primera protagonista de la enemistad con la serpiente, si bien será el linaje de la mujer quien lleve a cabo la victoria. La colaboración salvífica de la mujer en esa victoria será, pues, a través de su maternidad que posibilita la existencia del linaje. Así, aunque marcada con el dolor, la fecundidad de la mujer continúa tras el pecado, de tal modo que en ello radica su grandeza, como lo reconoce Adán al llamarla Eva, precisamente por ser la madre de todos los vivientes⁷.

3. LA MUJER DE GEN 3 Y LA RECONCILIACION FUTURA. SENTIDO MESIANICO DEL PASAJE

La exégesis de Gen 3, 15ss. va más allá de lo expuesto hasta ahora intentando descubrir el sentido preciso que se ha de dar al «linaje» de la mujer que aplastará la cabeza de la serpiente: en concreto, si el texto se refiere a la humanidad en sentido colectivo, o si en él se puede ver una figura individual, mesiánica en sentido amplio, es decir, portadora de salvación escatológica.

Las opiniones de los exegetas discrepan, y si bien el sentido obvio parece ser el colectivo, como señala por ej. A. M. Dubarle⁸, sin embargo, los argumentos aducidos en pro de una interpretación individualizada, y mesiánica por tanto, tienen cada vez más peso. La misma estructura del versículo 15 puede sugerir un sentido individual en el último estico, por paralelismo a la serpiente que ahí es sin duda considerada individualmente. Así lo ha propuesto por ej. J. Coppens⁹.

⁷ Cf. Gen 3, 20. La etimología popular le sirve al yahvista para poner de relieve un aspecto de su consideración antropológica y religiosa.

⁸ Cf. A. M. Dubarle, 'Les fondements bibliques du titre marial de nouvelle Eve', en *Recherches Science Religieuse* 39 (1951-2) 49-64.

⁹ Cf. J. Coppens, 'Le Protévangile. Un nouvel essai d'exégèse', en *Ephemerides Theol. Lovan.* 26 (1950) 17; C. Pozo, op. cit., 154-65.

Que en Gen 3, 15 se vislumbre la obra de un individuo puede apoyarse también en una consideración de que el pasaje pertenece a la tradición yahvista que refleja el optimismo de los primeros tiempos de la monarquía israelita, y en la que la salvación del pueblo se ve unida a la actuación de personajes singulares: el rey, los antiguos héroes (los patriarcas) o los jueces¹⁰. A la misma tradición yahvista pertenece Num 24, 17-19 donde se evoca la monarquía davídica; y en la misma época en que tomaba forma dicha tradición, el profeta Natán presagiaba el descendiente de David (Cf. 2 Sam 7, 11-16). Nada extraño, pues, dadas estas características del yahvista, que también en el linaje de la mujer se vislumbre la victoria a través de un personaje singular.

En esa victoria queda implicado todo el linaje de la mujer, toda la humanidad. El yahvista ha remontado por encima de los intereses nacionalistas y monárquicos de la dinastía de David situándose en el cuadro de los orígenes y de la humanidad en su conjunto. Tal es el punto de partida para enseñar después la elección del pueblo de Israel, la liberación de Egipto y la Alianza del Sinaí, el don de la tierra, la instauración de la monarquía y las promesas hechas a David. En la enseñanza sobre los orígenes el yahvista retroproyecta al inicio aquello que es propio de su tiempo y de su cultura¹¹. Cuando habla proféticamente de la victoria del hombre sobre el mal, no deja de hacerlo retroproyectando también hasta el origen aquello que constituye la clave de la historia del pueblo: la actuación y las victorias de Yahweh a través de sus elegidos y, concretamente, de su ungido.

Todo esto no significa que ya en Gen 3, 15 haya de verse un testimonio de mesianismo real, pues como decíamos antes, y advierte J. Coppens¹², el cuadro de los orígenes se sitúa más allá de la realidad nacional y monárquica. Por otra parte, nada hay en el texto que oriente hacia dicho mesianismo. Sin embargo, tampoco se excluye, ya que el linaje de la mujer, por el que se llevará a cabo la victoria, queda abierto, en su sentido, a realizaciones que el yahvista no precisa. Al menos hay que mantener que en el texto no queda excluido un individuo particular del linaje de la mujer que lleve a cabo la victoria sobre la serpiente. Este individuo se perfilará como el Mesías. Así ocurre en la versión de los LXX¹³ y en el Nuevo Testamento¹⁴.

10 Cf. B. Rigaux, 'La femme et son lignage dans Gen III, 14-15', en *Rev. Bil.* 61 (1964) 30 ss.; H. Cazelles, 'Genèse III, 15. Exégèse contemporaine', en *Etud. Mar.* 4 (1956) 96; C. Pozo, op. cit., 161-64.

11 Cf. A. Díez Macho, *Historia de la salvación* (Madrid 1968) 29-43.

12 Cf. J. Coppens, *Le Messianisme Royal* (Paris 1968) 116.

13 Es de sobra conocido como LXX traduce *autós* en lugar del neutro *autó* que correspondería al sustantivo *sperma* con lo que se personaliza el linaje de la mujer. La *Vetus latina* traduce *ipse*. La Vulgata *ipsa*.

14 Cf. Ap. 12, 1-7. Sobre la interpretación de la mujer que aparece en este pasaje cf. apartado 10, c. de este trabajo.

El Targum palestinese, en cambio, no interpreta el linaje de la mujer en sentido individual, pero sin embargo pone de relieve aspectos de notable interés: 1) resalta que la enemistad con la serpiente equivale a la vuelta a Dios mediante el estudio y cumplimiento de la Ley, 2) sitúa la victoria definitiva sobre la serpiente en los días del Rey Mesías, y 3) entiende esa victoria en el sentido de que los hijos de la mujer «harán la paz», es decir, se reconciliarán definitivamente con Dios¹⁵. Esta interpretación del Targum contrasta con la realidad que presenta el Nuevo Testamento, pero muestra, precisamente por la analogía que existe entre ambas interpretaciones, que el texto de Gen 3, 15s. quedaba abierto al nuevo sentido que en él ve la Iglesia. En efecto, según el Nuevo Testamento: 1) la enemistad con la serpiente equivale a la vuelta a Dios, no por la Ley, sino por la fe en Jesucristo, 2) la victoria definitiva la realiza el Hijo de Dios nacido de mujer, Cristo, el nuevo Adán, y 3) la iniciativa para la paz con Dios y la reconciliación parte del mismo Dios, y la realiza el Hijo de Dios clavado en la Cruz (Cf. Ef 2, 14-18).

4. LA MUJER DE GEN 3, 15 Y MARIA LA MADRE DE JESUS

Volvamos de nuevo a la figura de la mujer en Gen 3, 15. Ya hemos visto que la mujer aparece ahí como la primera implicada en la enemistad contra el Diablo. Aunque el texto directamente se refiere a Eva, como señalan la gran mayoría de los intérpretes, sin embargo su significado no puede agotarse en la primera mujer, ya que la enemistad queda establecida hasta la victoria de su descendencia, y no ha sido precisamente en Eva donde se ha dado plenamente tal enemistad¹⁶. De ahí que también el sentido que pueda darse a la figura de la mujer quede abierto a la mujer en cuanto a su función de madre del linaje, sentido colectivo, y especialmente a aquella mujer de la que nacerá el triunfador definitivo y en la que la enemistad con la serpiente alcanzará su punto culminante.

Cuando la Tradición cristiana, a la luz del Nuevo Testamento, ve en la mujer de Gen 3, 15 a María, la madre de Cristo, no hace sino extraer un sentido más profundo, que, en el conjunto de la Revelación, se encuentra ya de algún modo en Gen 3.

La colaboración de la mujer a la victoria sobre el Tentador ha

15 Cf. TJ² y Neofiti 1, glosa. Las dos recensiones coinciden fundamentalmente. He aquí el texto: «Estableceré una enemistad entre ti y la mujer, entre la raza de tus hijos y la raza de sus hijos. Y ocurrirá que cuando los hijos de la mujer estudien la Ley y guarden sus preceptos, ellos te dirigirán el golpe, te machacarán la cabeza y te matarán. Pero cuando los hijos de la mujer rehúsen estudiar la Ley y guardar sus preceptos, tú les acecharás, les herirás en el talón, y les herirás. Pero para los hijos de la mujer habrá remedio, mientras que para ti, serpiente, no habrá remedio. Porque ellos al final harán la paz, en los días del rey mesías» Cf. P. Grelot, *L'Espérance juive à l'heure de Jésus* (Paris 1978) 204; A. Díez Macho, *El Mesías anunciado y esperado* (Madrid 1976) 15.

16 Cf. Eccl. 25, 24; 2 Cor 11, 3; 1 Tim 2, 14.

de verse en que a través de ella se introduce y se mantiene la enemistad y, por tanto, el inicio de la vuelta a Dios. Pero sobre todo se ve en su función de madre: de ella surge el linaje, la descendencia, que aplastará la cabeza de la serpiente. Precisamente en la maternidad es donde incide el castigo (Cf. Gen 3, 16), como indicando que ello es el rasgo propio y fundamental de la mujer en esa historia que comienza: la primera mujer es llamada Eva por ser la madre de todos los vivientes.

En María se cumple perfectamente la colaboración de la mujer a la victoria definitiva: 1) En ella culmina la enemistad con la serpiente y la reconciliación con Dios al ser constituida llena de gracia, Inmaculada desde el primer momento de su concepción, 2) su colaboración propia a la obra salvífica radica en su maternidad, en la que resplandece la iniciativa y el poder de Dios —concepción virginal—, al tiempo que la cooperación de la Virgen al prestar su consentimiento, y 3) ella asume, como ninguna otra mujer, el dolor de la maternidad; no precisamente en los dolores del parto, cuya ausencia en el nacimiento de Jesús refleja adecuadamente que en María ha culminado la enemistad con el Diablo y por tanto no recae sobre ella el castigo establecido, sino que el dolor de la maternidad se cumple en la Madre de Jesús en su asociación maternal a la Pasión de su Hijo.

5. EL PAPEL DE LA MADRE EN LA HISTORIA DE LA SALVACION

Volviendo a los textos del Génesis —pero sin perder de vista la figura de María— conviene notar que en la síntesis histórica que presenta el yahvista, o las crónicas de historia contemporáneas a él, el papel que juega la mujer como madre tiene una importancia decisiva de cara a «la descendencia», y no sólo por el hecho de la maternidad física. En efecto, vemos cómo en los textos bíblicos la atención se va concentrando: de la presentación de toda la humanidad (Cf. Gen 1-11), se pasa a fijarse en un clan elegido por Dios, el de Abraham (Cf. Gen 11-12) al que se promete una descendencia; después la atención se centra en una rama, la de Jacob, y en una tribu, la de Judá, para desembocar en una familia, la de David, y apuntar hacia una persona, el descendiente de David. En todo este proceso se pone de relieve la acción gratuita de Dios, cuya elección recae, no sobre aquellos que humanamente tendrían los derechos, los primogénitos, sino sobre aquellos en los que el Señor se complace. Pero esos designios divinos se llevan a cabo, con muchísima frecuencia, mediante la colaboración de la madre de los personajes elegidos.

Como ejemplos más representativos de lo que acabamos de decir baste citar algunos casos. El descendiente legítimo de Abraham es Ismael, hijo con todos los derechos; pero es despedido de casa por intervención de Sara, madre de Isaac (Cf. Gen 21, 10), aún con la

resistencia de Abraham, de modo que Isaac es el heredero. De igual modo Jacob adquiere los derechos de primogenitura por la astucia de Rebeca (Cf. Gen 27), y Salomón sucede a David por las intrigas de Betsabé (Cf. 1 Re 1, 11-40). Los designios divinos se realizan así por intervención de la madre que pasa por encima de las leyes establecidas y orienta la voluntad del padre.

No es que de estos datos podamos sacar conclusiones evidentes de cara a la mariología. Pero sí nos parece que ya en las partes más antiguas del Viejo Testamento queda reflejado el papel singular que tiene la madre en la realización de los proyectos salvadores de Dios. Así, en el advenimiento del Salvador definitivo, Cristo Jesús, no es de extrañar que el proyecto divino pase también por la cooperación de la madre, la Virgen María. Ciertamente que la realización de este proyecto sobrepasa todas las expectativas: el Salvador es el Hijo de Dios hecho hombre, y su concepción virginal en el seno de María está por encima de la sucesión genealógica (Cf. Mt 1, 16) y de las leyes de la naturaleza. Pero también es cierto que en la realización del proyecto divino salvífico en Cristo podemos apreciar una armonía con las formas de actuar de Dios en las etapas anteriores de la historia de la salvación.

6. SIGNIFICACION DE LA MADRE EN IS 7, 14. ESPERANZA DE RECONCILIACION UNIVERSAL

La figura de la madre queda igualmente resaltada en Is 7, 14, la profecía del Enmanuel, cuyo sentido mesiánico viene confirmado en el Nuevo Testamento. Este sentido, a pesar de las discusiones de los intérpretes¹⁷, se reconoce no sólo en el texto citado sino en el conjunto de Is 6-12, libro del Enmanuel.

La señal dada a Ajaz en Is 7, 14-25 implica la continuidad de la dinastía davídica, pero también un tiempo sombrío y de devastación ilimitado, hasta que aparezca el «vástago del tronco de Jesé» (Is 11, 1). En este contexto resalta la figura de la madre: «He aquí que la virgen ha concebido y dará a luz y le pondrá por nombre Enmanuel» (Is 7, 14)¹⁸.

Dos aspectos quisiéramos subrayar a propósito de este pasaje. Primero que, sea cual sea la interpretación del sentido literal inmediato de Is 7, 14, lo que sí aparece claramente reflejado es el papel

17 Cf. G. del Olmo, 'La profecía del Enmanuel Is 7, 10-17. Estado actual de la interpretación', en *Ephem. Mariol.* (1972) 357-85.

18 Más discutido que el sentido mesiánico del oráculo es el que la señal que Dios va a dar al rey Ajaz consista en la concepción virginal. Aunque no obliga a ello ni el significado del término *almah*, ni la naturaleza del signo, ni las circunstancias que lo rodean, una exégesis en tal sentido es también posible y razonable. Cf. C. Pozo, op. cit., 199-200. La traducción de los LXX y el Nuevo Testamento (Cf. Mt 1, 22-23) han interpretado la '*almah*' en el sentido fuerte de *parthenos*.

central que juega la '*almah* en cuanto madre del niño que va a nacer. Ella pertenece esencialmente a la señal que Dios da a Ajaz, y no porque se trate de un nacimiento milagroso al estilo de las mujeres estériles o ancianas —lo excluye el término '*almah*— sino por alguna razón más profunda. El proyecto salvador de enviar al Mesías pasa por la madre; la madre está en un primer plano en la realización de ese proyecto. El texto mismo, al decir que la virgen «le pondrá por nombre Enmanuel»¹⁹ está atribuyéndole un papel singular que indica una relación especial entre madre e hijo, de la que queda excluido el padre²⁰. La madre del Mesías cobra con ello un relieve extraordinario ya en el Antiguo Testamento.

El otro aspecto a resaltar es la presentación que hace Is 11, 1-9 de la obra del Mesías en términos de paz y reconciliación universal. Los que antes aparecían como enemigos, el lobo y el cordero, vivirán en perfecta armonía; el hombre no habrá de temer a la naturaleza; pero, sobre todo, imperará en la tierra el conocimiento de Yahweh, es decir, todos volverán a obedecer a Dios.

7. LA MADRE DEL MESIAS EN MIQ 5, 1-5

En este pasaje, contemporáneo prácticamente del de Isaías, el sentido mesiánico es evidente. El tiempo de la llegada del Mesías se determina precisamente por la madre: «hasta que dé a luz la que ha de dar a luz».

Se considera que Miqueas está pensando en el oráculo de la '*almah* pronunciado unos treinta años antes, lo cual viene a confirmar el sentido mesiánico de Is 7, 14, y a acrecentar el relieve que tiene la madre del Mesías en el Antiguo Testamento.

Los autores del Nuevo Testamento, al exponer la cooperación de María a la obra de la salvación, han podido ver cumplida en ella la revelación veterotestamentaria, han podido apreciar que todo había ocurrido «según las Escrituras».

8. EL TESTIMONIO DEL NUEVO TESTAMENTO

La colaboración de María a la obra de la Reconciliación se nos revela en el Nuevo Testamento. Las noticias de orden histórico sobre la presencia de la Virgen en los acontecimientos de la vida de Jesús y de la primera comunidad cristiana, vienen dadas, ya en el Nuevo Testamento, bajo una perspectiva teológica, cristológica e incluso

19 Creemos que ésta es la lectura más segura, aunque discrepen algunos manuscritos hebreos y griegos.

20 Aunque el hecho de que sea la madre quien ponga el nombre al niño no es argumento suficiente para concluir que el texto se refiere a una concepción virginal (Cf. H. Haag, 'Is 7, 14 als alttestamentliche Grundstelle der Lehre von der Virginitas Mariae', en *Mariol. Stud.* 4 [1989] 142), sin embargo ese dato tiene más importancia de la que se le ha dado.

mariológica. Tal significación teológica de la figura de María, reflejada especialmente en San Lucas y en San Juan, pero también en San Pablo, es la mediación imprescindible para conocer a la Virgen en su verdadera realidad. Del mismo modo que sólo a través de la interpretación cristológica de Jesús de Nazaret, presente en el Nuevo Testamento, podemos conocer la verdadera figura de Jesús. Los escritos neotestamentarios, incluidos los Evangelios Sinópticos van más allá de la mera evocación histórica tanto en el caso de Jesucristo como en el de su madre, María. De ahí que en estos escritos haya de buscarse la significación profunda de los acontecimientos y de las realidades que fundamentan nuestra fe.

En relación con el tema que nos ocupa, la cooperación de María a la obra de la Reconciliación, podemos advertir un progreso en la revelación a lo largo de los mismos libros del Nuevo Testamento. Lo que en San Pablo es sencillamente una mención ocasional, aunque cargada de significación, en San Mateo y, sobre todo, en San Lucas aparece como un capítulo importante de sus respectivos escritos; y en San Juan se convierte en una de las líneas maestras que estructuran su Evangelio, o en un cuadro central de las visiones apocalípticas.

En la exposición de los datos del Nuevo Testamento seguiremos este mismo orden que refleja una progresión, dentro del mismo Nuevo Testamento, en la revelación en torno a la figura de la Madre de Cristo. Conviene advertir también ya desde ahora que la distinta presentación que encontramos en cada grupo de escritos neotestamentarios citados, no depende sólo del factor cronológico, sino también de las características literarias y teológicas de cada uno de ellos.

9. LA MUJER MADRE DEL HIJO DE DIOS

Comencemos pues por el texto, importantísimo, de Gal 4, 4s. donde Pablo presenta en síntesis la obra de la salvación: «Al llegar la plenitud de los tiempos envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la Ley y para que recibiéramos la filiación adoptiva». La obra salvífica de Cristo incluye por una parte la liberación de la Ley, de otra el don de la filiación divina. Se consuma así la obra de la Reconciliación, puesto que al ser rescatados de la Ley —se entiende en primer lugar de los judíos sometidos a ella— se ha quitado de en medio el muro de separación que hacía irreconciliables a judíos y gentiles (Cf. Ef 2, 14-17). Por otra parte, el don de la filiación divina supone la plena reconciliación con Dios, no ya sólo al nivel obediencial de criatura, sino en una intimidad mayor. Para ello Dios ha elegido el camino de la Encarnación de su Hijo con todas sus consecuencias.

Cristo es el Hijo de Dios preexistente²¹ que se hace hombre, hijo de mujer. Esa mujer pertenece, pues, al misterio de la Encarnación con el que se inicia la obra Redentora. Nacido de mujer y nacido bajo la Ley son como dos realidades distintas aunque van íntimamente unidas: hecho hombre, Cristo se ha sometido a la Ley, mediante su muerte; y así nos ha rescatado de ella. Encarnación y Redención forman por tanto una unidad. La mujer, la Virgen, que ha sido instrumento de la Encarnación queda implicada, por tanto, en la Redención en su conjunto. Ello se hará más explícito en otros libros del Nuevo Testamento.

10. LA COLABORACION ACTIVA DE MARIA EN EL ADVENIMIENTO DE LA SALVACION SEGUN SAN LUCAS

Nos fijamos ahora en los escritos lucanos, tercer Evangelio y Hechos de los Apóstoles, reconociendo que ambos libros forman como una sola obra en dos volúmenes. El autor sagrado sigue en ellos un plan bien determinado: mostrar cómo la salvación, que se ha inaugurado en Jerusalén con los acontecimientos pascuales, se despliega, con la fuerza del Espíritu, por todo el mundo hasta los extremos de la tierra.

Al principio del Evangelio, Lucas, al igual que Mateo, ha insertado la narración del nacimiento e infancia de Jesús (Cf. Lc 1, 5-2, 52) que viene a ser como un amplio prólogo a toda su obra, y en el que de alguna forma resume su enseñanza: la salvación que comienza en la humildad de Galilea, se manifiesta en Jerusalén al ser el niño presentado en el Templo²². Ahora nos fijamos en aquellos rasgos en que se destaca la colaboración de María al advenimiento de la salvación.

a) *María en la Anunciación*

Es el pasaje clave para apreciar la colaboración activa de María en la Encarnación. Ella es el personaje central del relato, aunque no el más importante, que es, evidentemente, el hijo que va a engendrar en su seno. A tenor del relato, la Virgen comprende perfectamente la misión a la que le invita el anuncio angélico: ser la madre del Mesías. El ángel le va mostrando su papel en un crescendo progresivo.

En primer lugar María escucha, dirigida a ella, la proclamación del advenimiento de los tiempos mesiánicos: «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo» (Lc 1, 28). Por el método de alusiones al Antiguo Testamento, María es ahí identificada con la hija de Sión

21 Así lo indica el empleo del término *exapéstelen*, Cf. M. Minguens, 'La virginidad de María. El silencio del Nuevo Testamento', en *Est. Bibl.* 33 (1974) 374.

22 La estructura y teología de estos capítulos de Lucas ha sido muy estudiada. Cf. por ej. R. Laurentin, *Structure et théologie de Luc I-II* (Paris 1964).

que recibe el anuncio gozoso de la llegada del Mesías²³; a ella va dirigido un saludo específico de misión en orden a la salvación del pueblo —«el Señor está contigo», al tiempo que se le revela la preparación singular que ha recibido para ello— «llenada de gracia»²⁴. La reacción de María implica un temor reverencial entre lo sagrado —*diatarássein*— y una serena reflexión intelectual sobre el significado que tiene el anuncio para ella —*dialogizo*—.

El ritmo del relato continúa con la especificación de su misión: ser la madre del Mesías. También esto se describe con alusiones a pasajes del Antiguo Testamento. La alusión a Is 7, 14 al decir «le pondrás por nombre Jesús» deja entrever ya a María que la unión con el Hijo no es solamente por su maternidad fisiológica, sino a un nivel más profundo: el carácter singular que había de tener la madre con respecto al Mesías.

Las primeras palabras de María, «¿Cómo será eso pues no conozco varón?» no representan ni una duda ni una objeción a los planes de Dios, sino la expresión de una situación que la Virgen no ve compatible con la misión. La pregunta surge de un deseo de discernir la voluntad de Dios que, anteriormente, le ha llevado al propósito de virginidad. En la dinámica del relato, la pregunta de María da paso a la exposición del mesianismo trascendente: el advenimiento del Mesías será fruto de una nueva creación, y como la presencia de Dios en medio de su pueblo²⁵. A María se le pide un profundo acto de fe en el poder de Dios, acto que ella ha de realizar antes incluso de comprobar la señal referente a su prima Isabel.

La respuesta de María es de asentimiento, no como algo meramente pasivo, sino de cooperación activa en la misión propuesta. Las expresiones «sierva del Señor» y «hágase en mí según tu palabra» manifiestan la disponibilidad absoluta de María para cooperar en la misión recibida y en todo lo que esa misión lleva consigo. María queda así indisolublemente unida a la obra de la Reconciliación por su fe y su obediencia. Su destino es inseparable del de su Hijo, como aparece en el mismo Evangelio de la Infancia de San Lucas.

b) *Las funciones maternas de María*

La unión de la Madre y el Hijo se deja percibir no sólo en que María lleva a cabo las funciones propias de la madre en la vida familiar, sino en que tales funciones entran a formar parte del proyecto salvador de Dios y tienen una significación positiva en orden a revelarse el misterio de Cristo.

Así, en la visita a Isabel, reclamada por motivos familiares, mediante el saludo de María, el Bautista se hace ya en el seno materno partícipe de la alegría mesiánica (Cf. Lc 1, 39-45).

23 Cf. Sof 3, 14-17; Joel 2, 21-27; Zac 9, 9-10.

24 Cf. G. Aranda, 'Los Evangelios de la Infancia de Jesús', en *Scrip. Theol.* 10 (1978) 801-12.

25 Cf. las alusiones implícitas a Gen 1, 1-2; Ex 40, 35.

La función maternal descrita en Lc 2, 7: «dio a luz a su Hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre», Dios hace que se convierta en un signo por medio del cual, lo pobres —los pastores— reconozcan el Salvador y participen también de la alegría mesiánica. El evangelista resalta esa función de María repitiendo tres veces el hecho de que lo recostó en un pesebre (Cf Lc 2, 7.12.16).

c) *La Presentación del niño en el Templo*

Más significación tiene sin duda la escena de la Presentación del Niño en el Templo. Supone la manifestación a Israel de la salvación según las profecías, y puede considerarse el término a donde se encamina todo el relato de la infancia de Lucas²⁶. En este momento solemne de ofrecer el niño a Dios, se va a revelar a María con palabras de profecía —nótese la insistencia del evangelista en la acción del Espíritu Santo sobre Simeón (Cf. Lc 2, 26.27)— cuál es el tipo de mesianismo que se va a realizar en su Hijo: el mesianismo del siervo de Yahweh. La primera parte de las palabras de Simeón son una alusión clara a Is 42, 6; 46, 13; 49, 6; y el evangelista hace notar la «admiración» —*thaumazontes*— de José y de María. Tal admiración refleja que ahora se trata, incluso para María, del anuncio de un nuevo aspecto que no estaba explícitamente contenido en el episodio de la Anunciación: el destino doloroso del niño.

De forma un tanto sorprendente, porque en el contexto viene apareciendo el padre y la madre de Jesús, ahora la profecía se dirige exclusivamente a María: va a desvelar la función propia que a ella le corresponde en la realización de la tarea mesiánica del hijo. De ahí que el centro de la profecía sean las palabras alusivas a María: «y a ti misma una espada te atravesará el alma» (Lc 2, 53). Simeón no describe directamente los dolores de la pasión de Cristo; le compara implícitamente a Jeremías y a Isaías²⁷, si bien con una significación universal y escatológica: la manifestación de los secretos de los corazones preludia el juicio divino²⁸. En cambio quedan resaltados los dolores de la Madre: la pasión se contempla en el alma transpasada de la madre²⁹.

El contexto en el que se pronuncia la profecía —la ofrenda del niño a Dios por parte de María— hace comprensible que sean los dolores de la madre lo que aparece más resaltado. Esto hace, por otra parte, descubrir el sentido profundo de la ofrenda: la entrega de Cristo al Padre en la obediencia del sacrificio del Calvario. Queda

²⁶ Cf. G. Aranda, loc. cit., 811 s.

²⁷ Cf. Jer. 1, 10; 15, 10; Is 8, 18.

²⁸ Cf. Ecl 12, 14; Rom 2, 16; 1 Cor 4, 5.

²⁹ Cf. A. Feuillet, *Jésus et sa Mère d'après les récits lucaniens de l'enfance et d'après saint Jean. Le rôle de la Vierge Marie dans l'histoire du salut et la place de la femme dans l'Eglise* (Paris 1974) 60-69.

así reflejada la implicación que, por designio divino, la Virgen tiene en el sacrificio Redentor. La unión de la Madre con el Hijo no ha terminado en la concepción y nacimiento: sigue exigiendo la cooperación de la Madre en toda la obra del Hijo.

d) *María nueva Eva*

El episodio de la Presentación del Niño en el Templo constituye, junto con Jn 19, el fundamento bíblico del título de «Nueva Eva» aplicado a María³⁰. En efecto, este pasaje lucano presenta un cierto paralelismo con Gen 3, 15 en cuanto que «en ambos lugares, la madre del principal antagonista toma parte de alguna manera en el combate, sin que le sea atribuido especialmente un papel activo. La victoria no se predice abiertamente en ninguno de los dos casos»³¹.

A lo anterior hemos de añadir que ya en el relato de la Anunciación se evoca el capítulo primero del Génesis y que Lucas hace llegar la genealogía de Jesús hasta Adán. No parece, con todo, que aquí se trate de una alusión implícita de Lucas a Gen 3, 15. Sin embargo no puede dejar de verse la presencia de un esquema similar en ambos casos. Por otra parte las analogías entre el relato de la Anunciación —con la presencia del ángel y la respuesta de María— y Gen 3 son ciertamente firmes como ha señalado repetidamente la Tradición³².

e) *El episodio del Niño perdido y hallado en el Templo*

También esta escena lucana presenta las características de una prefiguración del misterio pascual: la pérdida del niño Jesús y su hallazgo en el Templo (Cf. Lc 2, 41-50) hace que María viva ya anticipadamente la experiencia de la desaparición de su Hijo, buscado con angustia, y el gozo del encuentro a los tres días. Estos acontecimientos anticipan para María el misterio de la muerte y resurrección de Cristo. Al mismo tiempo, Jesús le revela su verdadera identidad de Hijo de Dios eternamente engendrado por el Padre.

f) *María y el nacimiento de la Iglesia según el libro de los Hechos de los Apóstoles*

La cooperación de María a la salvación, según San Lucas, no termina con la íntima unión de la Madre y el Hijo mientras éste desarrolla su existencia terrestre, sino que esa cooperación continúa en la expansión de la salvación por todo el mundo mediante la Iglesia. Tal es el significado de la presencia de María, la madre de Jesús, al comienzo del libro de los Hechos.

La narración de la Ascensión del Señor y de Pentecostés en Act 1-2 sigue el esquema de la constitución del pueblo de Israel mediante

³⁰ Cf. A. M. Dubarle, loc. cit., 49-64.

³¹ Cf. Ibid., 58.

³² Cf. C. Pozo, op. cit., 32-42.

la Alianza del Sinaí, según las tradiciones judías³³. En este contexto cobra especial relieve la oración que aparece en Act 1, 14: «todos ellos perseveraban en la oración, con un mismo espíritu, en compañía de algunas mujeres, de María, la Madre de Jesús, y de sus hermanos». También la comunidad de Israel se había preparado orando ante el Sinaí para recibir la Ley de Dios. Ahora lo hacen quienes van a constituir el nuevo pueblo de Dios, con la nueva Ley, el Espíritu Santo. La actitud requerida para la recepción del Espíritu, la oración, se une a la presencia de María. Ella destaca del grupo de algunas mujeres, sin duda las que habían seguido a Cristo en su ministerio público, y ocupa un lugar singular. Se la menciona aparte indicando el nombre y el título por el que se hace notar su presencia: la Madre de Jesús. Con ello el hagiógrafo está remitiendo al nacimiento de Jesús, a su aparición en el mundo. Y, dado el modo de Lucas de narrar la historia por paralelismos, no es difícil descubrir una analogía entre el nacimiento de Jesús y el nacimiento de la Iglesia: en ambos casos es una consecuencia de la obra del Espíritu Santo, y en ambos casos está María en el centro de la escena. El protagonismo de María queda situado precisamente en el ámbito de la cooperación humana a la salvación: en la Encarnación mediante su consentimiento, en Pentecostes mediante la oración preparatoria a la recepción del Espíritu que envía su Hijo ascendido a los cielos³⁴.

En María ya se había adelantado la acción del Espíritu por su asentimiento a la Encarnación. Ella, y precisamente con el título de «Madre de Jesús», figura en primer plano en el momento de la oración que prepara la venida del Espíritu. Su asentimiento a la primera acción en poder del Espíritu no puede dejar de estar en relación con esta segunda acción prodigiosa del Espíritu por la que nace la Iglesia. La presencia de María, por tanto, en el grupo de discípulos tiene una significación peculiar, en cuanto que está a un nivel distinto del resto del grupo en relación al Espíritu que va a ser enviado. María pertenece al grupo de discípulos que van a formar la Iglesia, pero por su condición de Madre de Jesús, con todo lo que ello significa en Lc 1-2, incluida su participación en la pasión de su Hijo, tiene una función singular en el nacimiento de la misma Iglesia.

La efusión del Espíritu es consecuencia de que se ha llevado a cabo la reconciliación de los hombres con Dios (cf. Act 2, 38-39). La

³³ A. Díez Macho, *Neofiti I*, vol. IV: *Números* (Madrid 1974) 70^a-77^a.

³⁴ La mención explícita de María, la Madre de Jesús, lleva al lector de la obra de Lucas a apreciar la obra del Espíritu Santo en los orígenes de Jesús y en los de la Iglesia. Las expresiones con que designa Lucas ambos orígenes son semejantes: El Espíritu Santo —*pneuma hagio*— actúa con poder —*dynamis*— al descender sobre María y sobre los discípulos (Cf. Act 1, 3; Lc 1, 35). El mismo poder de Dios que había hecho de María la Madre de Jesús, va a hacer a los discípulos testigos —*martyres*—.

presencia del Espíritu crea de nuevo la unidad entre los hombres, simbolizada en el relato lucano mediante el hecho de que todos comprenden en su propia lengua el mensaje de los Apóstoles (Cf. Act 2, 5-12). Pentecostes significa la reconciliación con Dios y de los hombres entre sí realizada en la Iglesia por el poder del Espíritu que Cristo resucitado envía desde lo alto.

María ha cooperado activamente en esta obra de Reconciliación: desde su asentimiento a la Encarnación, hasta su oración junto a los discípulos antes de Pentecostes, pasando por su participación en la pasión de Cristo, su Hijo. Los datos que nos ofrece San Lucas muestran que la maternidad de María no queda circunscrita a la generación de Jesús, sino que se ejerce a lo largo de todo el proceso de salvación.

11. COLABORACION DE MARIA A LA SALVACION SEGUN SAN JUAN

La fuerte carga teológica y espiritual del IV Evangelio se proyecta también sobre la figura de María, cuando ésta aparece explícitamente mencionada en dos ocasiones: en la escena de Caná de Galilea, cuando el evangelista narra el primer milagro o signo que realizó Jesús (Cf. Jn 2, 1-11) y al pie de la Cruz al narrar la muerte del Señor (Cf. Jn 19, 25-27)³⁵.

La primera observación que se impone ante esta doble mención de la Madre de Jesús es que su presencia está señalada justamente al inicio y al final del ministerio público de Cristo. Así la presencia de María incluye todo el conjunto del misterio del Revelador del Padre. Con el procedimiento literario de la «inclusión», en el IV Evangelio se muestra que la presencia de María, la Madre de Jesús, tiene una relación esencial con el conjunto de la manifestación de la gloria de Cristo, que se inicia con el primer milagro —señal— en Caná, y culmina con la «elevación» —glorificación— en la Cruz.

Las conexiones que tanto a nivel literario como teológico-simbólico existen entre la escena de las bodas de Caná y la del Calvario lleva a considerarlas respectivamente como apertura y cierre de la enseñanza central del Evangelio. Así cabe señalar, junto a la presencia de la Madre de Jesús, el hecho de que tanto el milagro de Caná, como la elevación de Cristo en la Cruz sean culminación, el primero de la llamada «semana inaugural», y el segundo de la última semana de la vida terrestre de Jesús. El tema de la «hora» de Jesús se inicia en 2,4 y culmina en los acontecimientos pascuales, según Jn 13, 1. La conexión pues de ambas escenas y su importancia para

³⁵ Pasamos por alto el prólogo de San Juan y la conocida cuestión de la lectura en singular de Jn 1, 13. Queremos señalar únicamente que la lectura común, en plural, tiene también un rico significado mariológico: la generación de los hijos de Dios tiene su *analogatum* y su fuente en la generación temporal del Hijo de Dios, y esta generación se realiza por el poder de Dios y el asentimiento de María.

comprender el misterio del Mesías es evidente. La presencia en ambas de la figura de la Madre cobra también un relieve especial en la obra del Salvador mesiánico.

a) *María en las bodas de Caná*

En Caná de Galilea «Jesús dio comienzo a sus señales, manifestó su gloria y creyeron en él sus discípulos» (Jn 2, 11). Así resume el evangelista la significación y los efectos del milagro de Jesús, comprendiendo la obra de la salvación de Cristo. Esta, en efecto se inicia con la revelación a través de sus señales, culmina con la glorificación en los acontecimientos pascuales —pero ya en Caná manifestó su gloria—, y se participa por la fe (Cf. Jn 20, 31) —en Caná ya creyeron sus discípulos—.

La narración de los milagros de Jesús está teñida en San Juan de un simbolismo sacramental, pues ve ya en ellos anticipaciones de las acciones salvadoras de Cristo que vive en la Iglesia. Ello, sin embargo, no les priva de su carácter histórico, ni de su función propia en el progreso de la revelación del Mesías, Hijo de Dios, que constituye el eje de la narración evangélica. El simbolismo subyacente en la narración del milagro de Caná es de una riqueza extraordinaria ya bien conocida. Ahora queremos fijarnos en la función de María.

De María parte la iniciativa para que Jesús se revele en su poder mesiánico. El «no tienen vino», que equivale a un petición de ayuda, brota en María motivado por la situación concreta y por el conocimiento de la personalidad misteriosa, del mesianismo, de su Hijo. La respuesta de Jesús, por su parte, parece acentuar la independencia de su actuación: la hora de Jesús —que ciertamente se refiere a su glorificación por la muerte y resurrección (Cf. Jn 13, 1)— pertenece exclusivamente al designio divino³⁶. Jesús, sin embargo, realiza el milagro, y el evangelista deja entrever toda su significación así como los efectos que de aquella «señal» se derivan: la revelación del Mesías y la manifestación anticipada de su gloria y de su salvación.

En este contexto, la petición de María y las palabras que ella dirige a los sirvientes, la muestran como la inductora del advenimiento de la salvación, quedando al mismo tiempo reflejada la absoluta soberanía e independencia divinas. María es la mediadora que abre el cauce de comunicación entre el Salvador y quienes reciben sus beneficios. Al señalar el evangelista que se trata del «comienzo de los signos» (Cf. Jn 2, 21), parece estar contemplando todos los que el Salvador ha realizado a continuación, por lo que la intervención de María tiene una influencia real en el curso de los acontecimientos de la vida pública de Jesús. El relato de las bodas de Caná

³⁶ Sobre el estado de la cuestión en torno al significado de las palabras de Jesús a su Madre, Cf. C. Pozo, op. cit., 234.

comienza, en efecto, señalando la presencia de la Madre de Jesús, como indicando su papel de primer orden en el acontecimiento que va a narrar.

b) *María al pie de la Cruz*

El relato de la escena del Calvario es asimismo rico en simbolismos, y no es difícil descubrir en él los dos planos, el histórico y el teológico, tan característicos del IV Evangelio. Así se ha de pensar que las palabras dirigidas por Jesús a su Madre y al discípulo amado (Cf. Jn 19, 25-27) van más allá de la solicitud filial de Jesús para que su Madre no quede en la soledad. Es significativo el hecho de que Jesús se dirija en primer lugar a María: «Mujer, ahí tienes a tu Hijo».

El discípulo amado, como es bien sabido, significa más que una figura histórica: es el modelo de discípulo y representa a todos los verdaderos discípulos de Jesús, a la Iglesia. Al asignárselo a María como hijo, Cristo le otorga una nueva maternidad: no porque Juan sea para María como otro hijo, sino porque sobre él va a ejercer María la maternidad que tenía sobre Cristo: He ahí a *tu hijo*. Lo mismo queda reflejado en las palabras dirigidas al discípulo: Ahí tienes a *tu madre*. La transposición, por decirlo de algún modo, entre Jesús y el discípulo amado, es evidente, en relación con la maternidad de María.

En el mismo momento que el Evangelio de San Juan va a mostrar el fruto de la «entrega» de Cristo en el simbolismo del agua brotando de su costado abierto —alusión a los sacramentos y a la Iglesia—, deja constancia de que la Iglesia vivificada por el Espíritu se constituye bajo la maternidad de María. En la frase final del pasaje, y «desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa», queda reflejado el asentimiento de la Virgen, así como la invitación a los discípulos, a la Iglesia, a vivir bajo esa maternidad.

La Tradición ha visto en María al pie de la Cruz a la Nueva Eva, poniendo así de relieve la cooperación activa de María en la obra de la Redención. Y, aunque en el IV Evangelio no encontremos una alusión directa a la figura de Eva relacionándola con María, sí podemos ver indicios que apoyan la enseñanza de la Tradición. El mismo evangelista parece estar invitando, al describir la escena del Calvario, a relacionar todos los detalles con las Escrituras del Antiguo Testamento, como hace él mismo en Jn 19, 24; 19, 28; 19, 36 s. Las palabras que Jesús dirige a su madre encontrarían su paralelismo más estrecho en el Antiguo Testamento en las que utiliza Adán para designar a Eva: «madre de todos los vivientes»³⁷. No se trata ciertamente de un paralelismo verbal sino más bien de una analogía en la situación. Esta analogía, unida a otros rasgos del IV Evangelio

³⁷ Cf. A.-M. Dubarle, loc. cit., 61-62.

que apuntan a Gen 1-3³⁸, y a la alusión explícita a Gen 3, 1-13 al designar al Diablo como homicida y mentiroso desde el principio (Cf. Jn 8, 44), representa un sólido fundamento bíblico para ver en María a la Nueva Eva.

En esta misma línea cabe señalar la peculiaridad del término «mujer» con el que Jesús designa a su madre tanto en Caná como en el Calvario (Cf. Jn 2, 4; 19, 26). Aunque tal denominación no se reserva exclusivamente para María (Cf. Jn 8, 10; 20, 15), no deja de resultar sorprendente su empleo en el caso de la madre. Ello significa, al menos, que en la perspectiva del evangelista, María es contemplada en esos contextos más allá de las relaciones estrictamente familiares con Jesús, y considerada, en cuanto mujer, implicada en la obra que él lleva a cabo.

No hace falta detenernos en considerar el aspecto de Reconciliación implicado en la obra salvífica tal como la presenta el IV Evangelio. Respecto al milagro de Caná, baste señalar el profundo significado de la conversión del agua en vino como sustitución de la antigua economía salvífica, reservada al judaísmo, por la nueva de la gracia, destinada a todos los hombres; o los efectos del signo realizado por Jesús que lleva a creer en El, que es creer en el Padre que le ha enviado, creándose así una nueva relación con Dios: se anula el antiguo «juicio» divino y se pasa de la muerte a la vida (Cf. Jn 5, 24).

La elevación de Cristo sobre la Cruz es el momento culminante de la Reconciliación con Dios. Cristo «atrae todo hacia El» y lo orienta de nuevo y definitivamente al Padre (Cf. Jn 12, 32; 3, 35). Los que creen en El reciben el Espíritu, fruto de su «elevación» (Cf. Jn 7, 37-38; 14, 16-17; 15, 7) y entran en comunión de vida con Cristo y el Padre (Cf. Jn 14, 20).

María interviene en este proceso de salvación y Reconciliación que comienza a manifestarse en Caná de Galilea y culmina en el Calvario. Allí es la intercesora que motiva el signo de Jesús con los efectos que de él se derivan. Aquí, al ser constituida por Cristo Madre de los discípulos, su nueva maternidad aparece como el ámbito en el que se da la reconciliación realizada por su Hijo, Cristo en la Cruz. La comunión de vida entre Cristo y los discípulos, que es comunión con el Padre, se expresa, en y desde el momento del Calvario, como filiación común respecto a María. Ella es por tanto, Madre en la Reconciliación. Y es Madre en la Reconciliación porque, como Nueva Eva, ha cooperado con su fe y su obediencia, en la obra reconciliadora, es decir, porque es Madre de la Reconciliación.

c) La visión de la mujer celeste en Ap 12

El aspecto de María Nueva Eva en la que culmina la enemistad

³⁸ Cf. E. C. Hoskyns, 'Genesis I-III and St. John's Gospel', en *The Journal of Theol. Stud.* 21 (1920) 210-18.

con la serpiente y cuyo descendiente obtiene la victoria sobre el Diablo, se aprecia con mayor claridad en la visión apocalíptica. El problema está, como es sabido, en si la mujer se ha de interpretar colectivamente, referida a la Iglesia o a Israel, o en sentido individual, referida a María, la madre de Jesús. Como sucede con frecuencia en textos apocalípticos, no es posible atribuir coherentemente los diversos aspectos del texto a un sólo personaje. De ahí que la solución más acertada parece ser ver reflejadas las dos figuras: la de María —en la que queda asumida la de Israel— y la de la Iglesia. Las dos figuras aparecen entremezcladas, sin que parezca posible situarlas en dos niveles distintos. El autor apocalíptico hace aflorar una u otra según le conviene porque para él en la figura de la mujer está ya representada la comunidad³⁹. En Ap 12 en María está representada la Iglesia.

De cualquier forma que se vea la figura de la mujer, lo que sí es evidente es la referencia a Gen 3. Si pensamos en la mujer apocalíptica representando a la madre del Mesías en sentido histórico (Cf. Ap 12, 1.5.13), es decir a María, aparece con claridad su papel de Nueva Eva y su cooperación en la victoria sobre el dragón. Coopera por su maternidad mesiánica que incluye a Cristo y «al resto de sus hijos» (Ap 12, 17). En la victoria celeste, realizada «gracias a la sangre del Cordero» (Ap 12, 11) se ha incoado ya la victoria terrestre. El combate se establece por la enemistad irreconciliable entre la mujer y el dragón. María aparece, por tanto, como cooperadora activa en la victoria.

12. CONCLUSION

Hemos intentado exponer algunos datos bíblicos de los que se deduce la cooperación singular de María a la obra de la Salvación. Esto es sólo un primer paso de cara a la tarea de la teología. La escucha de la Palabra de Dios escrita llevará sin duda a planteamientos teológicos más profundos, iluminados, a su vez, por la voz de la Tradición.

La reflexión teológica, por su parte, cimentada en la escucha de la Sagrada Escritura, nos capacitará para volver a releer los textos bíblicos, e ir penetrando más y más en su sentido auténtico, que es ciertamente inagotable. La reflexión de la Mariología, como ciencia teológica, en torno a María y la Reconciliación ofrece a la exégesis bíblica un amplio campo de estudio e investigación.

³⁹ Así aparece también por ej. en *Apocalipsis de Elías* en un contexto muy similar al de Ap 11-12 pero que denota un trasfondo judío. Cf. G. Aranda, 'Ideas escatológicas judías en Apocalipsis copto de Elías', en AA.VV., *Símbolos Bíblicos Español* (Madrid 1984) 676-77. También en el Pseudo-Filón que ve la comunidad de Israel formada de la costilla de Adán, es decir, en Eva, Cf. G. Aranda, 'La Iglesia esposa, figura sacramental de la Iglesia', en *Sacramentalidad de la Iglesia y Sacramentos*, IV Simposio Internacional de Teología (Pamplona 1983) 179.